



Educación Superior y cultura digital. El rol del tercero excluido en la construcción de conocimiento
M. Aurelia Di Berardino
Trayectorias Universitarias, 10 (19), e166, 2024
ISSN 2469-0090 | <https://doi.org/10.24215/24690090e166>
<https://revistas.unlp.edu.ar/TrayectoriasUniversitarias>
Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

Educación Superior y cultura digital. El rol del tercero excluido en la construcción de conocimiento¹

Higher Education and digital culture. The role of the excluded third party in the construction of knowledge

M. Aurelia Di Berardino

<https://orcid.org/0000-0002-6529-7322>

aurelia.diberardino@presi.unlp.edu.ar

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad Nacional de La Plata, Argentina

RESUMEN

El objetivo general de este artículo es reflexionar sobre las formas en que el conocimiento se integra en la cultura digital y cuál podría ser la contribución crítica y propositiva de la Enseñanza Superior. Con el fin de alcanzar este objetivo, daremos cuenta, en primer lugar, de una teoría técnica de la información para determinar cómo el proceso de adquisición del conocimiento se desplaza de los individuos a las redes. En segundo lugar, intentaré explicar en qué sentido este proceso promueve una pérdida de experiencia cognitiva.

Si el diagnóstico es plausible, se volverá perentorio pensar acerca de las representaciones de esas nuevas lógicas de adquisición del conocimiento (dominadas por la sobrecarga de información), para establecer puentes entre la Academia y el entorno digital.

ABSTRACT

The most important aim of this article is to reflect on the ways in which knowledge is built into digital culture, and what could be the critical and proactive contribution of higher education. In the first place, and to achieve this objective, I will analyse a technical theory of information in order to highlight how the process of knowledge acquisition get around from individuals to networks. Secondly, I will try to explain in what sense this process to promote a loss of cognitive experience.

If the diagnosis is plausible, it will be necessary to think how these new logics of knowledge acquisition (dominated by the information overload) can be represented, in order to establish bridges between the Academy and the digital environment.

1 Una primera versión de este trabajo fue expuesta en el Panel Transversalidades, en el marco de las 5^ª Jornadas sobre las Prácticas Docentes en la Universidad Pública "La enseñanza en cuestión: preguntas sobre su condición transformadora", desarrolladas el 15, 16 y 19 de agosto de 2024, organizadas por la Dirección de Capacitación y Docencia y la Especialización en Docencia Universitaria de la Secretaría de Asuntos Académicos de la Universidad Nacional de La Plata.

PALABRAS CLAVE

cultura digital,
información,
educación,
conocimiento

KEY WORDS

digital culture,
information,
education,
knowledge



INTRODUCCIÓN

Entonces, ¿eran superfluas las explicaciones del maestro? O, si no lo eran, ¿a quiénes y para qué eran entonces útiles esas explicaciones? (Rancière, 2002, p. 6)

En el presente trabajo propongo inscribir un problema de la Educación Superior en un ámbito específico. Para ello, utilizaré categorías analíticas que llevabas a su mínima expresión, me permitirán cercar mejor el problema que me ocupa. Este problema es tan viejo como la educación misma y puede resumirse en una o dos preguntas fundamentales, *qué* y *cómo* enseñar. Preguntas, por lo demás, necesariamente vinculadas a una determinada forma de concebir el conocimiento y a los procesos de adquisición del mismo.

Teniendo en cuenta esa problematización -tan de largo aliento-, pretendo abordar la cuestión desde una teoría de la información que permea las formas de relacionarnos y de conocer en una cultura de la información o también, en el espacio del entorno digital. Aparecerán aquí algunos puntos de interés solidarios entre sí. Por caso, la diferencia entre datos, información y conocimiento. Una diferencia que, por otra parte, dará lugar a pensar cuál es el rol del tercero excluido que identifiqué con la Educación Superior a la hora de ofrecer respuestas tentativas al problema del *qué* y del *cómo* enseñar.

Sin embargo, antes de entrar en los circuitos informacionales que anidan en el territorio que habitamos y que hasta podríamos identificar alegóricamente con los ejes basales de un tercer recubrimiento de lo humano (naturaleza, cultura, cultura digital), resultará conveniente dar cuenta de esa capa, corteza o cubrimiento digital.

APUNTES SOBRE EL CONTEXTO

Mencionaremos en primer lugar que, si bien hay muchos diagnósticos sobre nuestro estar en el mundo contemporáneo, el que propongo conforma un hilo narrativo particular para establecer dos o tres coordenadas analíticas que cumplan con el objetivo de pensarnos en general y como parte de una institución de Educación Superior, en particular. Para ello, retomaré algunas reflexiones presentes en el libro de Tiziana Terranova, *Cultura de la red* (2022).

Diremos con la autora que nuestro momento actual es uno donde predomina la cultura de la información¹, permeada por los vastos alcances de internet que Terranova define en términos de espacio electrónico *neoimperial* cuya característica central es una apertura que a la vez es *tendencia constitutiva hacia la expansión* (p.23).

Esta cultura digital ya ineludible es, al decir de Trejo Delarbre:
Fascinante e inevitable, el entorno digital nos envuelve, está en nuestras vidas y de varias maneras formamos parte de él. Consumimos, propagamos y hacemos cultura digital todos los días, todo el tiempo. Pero no necesariamente la comprendemos ni somos capaces de identificar la densidad y la evolución de lo digital en cada segmento del mundo contemporáneo. (2021, p.7)

De esta inevitabilidad y fascinación surgen insistentes desconciertos: desde los más optimistas hasta los peores pronósticos sobre el presente/futuro. De hecho, Terranova (2022) opta por la vía positiva cuando opone su idea de que de las tramas informacionales podrían surgir potenciales sociales de transformación a la concepción catastrófica de Paul Virilio quien sugiere que

...veamos a la información como una fuerza capaz de subordinar todas las distintas duraciones locales a la sobredeterminación de un único tiempo y un único espacio que, además, está vacío de toda interacción humana real. Desde esta perspectiva, la cultura contemporánea es el sitio de una devastación causada por el aturdidor ruido blanco de la información. (Terranova, 2021, p.21)

Ambas perspectivas, la visión catastrofista de Virilio, para quien la información es tan devastadora como una bomba nuclear, y la de Terranova, para quien la ubicuidad de la red tiene potencial creativo, encuentran puntos de convergencia con vastas teorizaciones. Una de

¹ A lo largo del texto recurriré a expresiones alternativas para dar cuenta de nuestras condiciones de existencia actuales que no connotan necesariamente lo mismo: cultura digital, sociedad de la información, etc. pero que apuntan a un mismo horizonte de significaciones, esto es, a la idea de que es inimaginable pensar nuestras relaciones sociales por fuera de la acusada presencia de lo digital.

ellas es la idea de «conversión digital» de la que habla Milad Doueihí (2010) y que permite comprender cómo, a través de esta conversión se producen las profundas transformaciones que ocurren en la cultura y en el imaginario social. ¿En qué consiste esta conversión de la que habla Doueihí? En primer lugar, constituye un cambio que se ha producido en torno a una materialidad, a saber, la de la cultura impresa. Y no sólo una mutación de la materialidad propia de esa cultura sino de todas sus emergencias, por ejemplo, la noción de autoría individual, la de *copyright*, etc. Sin lugar a dudas, según este autor, la conversión digital alejada de aquella materialidad, produce sus propios emergentes en la medida en que avanza sobre nuevos conceptos y prácticas autónomas.

Dadas las materialidades diferentes, a Dohueidi le resulta obvio que no pueden pensarse de la misma manera los procesos de alfabetización en una cultura de lo impreso que en una de lo digital. Aunque subyace, para ambas, una misma consideración de que son, por decirlo de algún modo, matrices culturales cada una con sus lógicas, dinámicas y acciones de construcción de mundo(s) y subjetividad(es) *sui generis*. Como dirá Doueihí, la alfabetización digital “vehicula un imaginario social que pone en juego no sólo la dimensión virtual de las nuevas tecnologías sino también determinados postulados y prejuicios religiosos, históricos y políticos” (2010, p. 15). En este sentido, entiende que lo digital conforma un proceso civilizador y que, dados sus atributos universalistas y su alcance político y social, *posee características propias de una cosmovisión integral en tanto su función narrativa permite explicar el presente y el futuro de la sociedad*.

Las distancias existentes entre ambas culturas adquieren en Dohueidi, estas características al decir de Ferrarelli:

La primera [cultura impresa], relativamente fija y con un orden espacio-temporal lineal, se opone al dinamismo de lo digital, que es maleable, flexible y adaptable a diversos formatos. La figura estable del autor-productor que define contenidos y se apoya en la autoridad del canon letrado se enfrenta con prácticas culturales de producción de contenidos en manos de lectores-prosumidores. A modo de cazador cazado, el texto impreso, que en su momento promovió una revolución social al extender socialmente las prácticas de lectura y escritura y derribar la autoridad de las élites letradas, se ve hoy amenazado por las múltiples fracturas digitales que producen las tecnologías. (2021, p. 402)

Dos fracturas se analizan con detenimiento. Por un lado, aquella que se produce entre el desarrollo aceleradísimo de las tecnologías (pero también de las normas culturales que ellas gestan) y el marco jurídico que las reglamenta. Por otro lado, “la brecha cada vez mayor entre la rapidez y la complejidad del desarrollo tecnológico y sus umbrales de uso y acceso” (Doueihi, 2010, p. 37). Sobre la primera fractura es necesario reponer esta idea del autor de que el paso de la cultura impresa a la digital ha sido interpretado desde la analogía, es decir, suponiendo que ambas comparten si no todas, al menos, la mayor parte de sus características fundamentales en tanto culturas -sólo que bajo otro ropaje-. El punto es que, comprendido así, no se explica por qué, entre otras cosas, la masificación de los modos de acceso a los bienes culturales, su valoración y su circulación, desafían los marcos regulatorios existentes. De allí que, según el autor, la metáfora continuista de lo impreso a la digital, resulte inexacta y problemática. De allí también que sugiera la noción de «conversión» como potencia para interpretar esta nueva forma cultural que genera, incluso, su propia aristocracia. Una aristocracia que surge en el territorio de la segunda fractura referida arriba. Esta división en clases, estructura la distinción entre quienes hacen un uso pasivo de lo digital y quienes, en tanto especialistas, comprenden plenamente su funcionamiento. Con lo anterior, el autor completa la demarcación entre «usuarios» y «manipuladores», distinción que marca la pauta de la profundidad de esta escala social: a medida que los entornos digitales se vuelven más complejos, sólo los manipuladores podrán, finalmente, ejercer sus derechos. Y esto por la sencilla razón de que son los únicos que comprenden la cartografía de este nuevo entorno (Marotias, 2010, p. 120).

el paso de la cultura impresa a la digital ha sido interpretado desde la analogía, es decir, suponiendo que ambas comparten si no todas, al menos, la mayor parte de sus características fundamentales en tanto culturas -sólo que bajo otro ropaje-.

Por otra parte, la comprensión cartográfica de la que hablamos anteriormente no sería posible sin la conformación contemporánea de una cultura letrada propia, esto es, del surgimiento de una nueva forma de acceder al conocimiento, procesarlo, producirlo y difundirlo. Este modelo de autoría que le es propio a la cultura digital, borra las fronteras entre las nociones clásicas de autor y lector:

la comprensión cartográfica de la que hablamos anteriormente no sería posible sin la conformación contemporánea de una cultura letrada propia, esto es, del surgimiento de una nueva forma de acceder al conocimiento, procesarlo, producirlo y difundirlo.

...artefactos como Wikipedia, los blogs, Flickr o Delicious representan para el autor ejemplos de este nuevo “modelo de ensamblado de la autoría”, donde el “ensamblaje” se refiere a la recopilación como “agrupación a la vez definida por una selección inicial y susceptible de recibir modificaciones y adaptaciones” (Doueih, pág. 61). Y es a través de la construcción de estas recopilaciones, de estas antologías -formadas con fragmentos de conocimientos y saberes seleccionados, siempre abiertas e inacabadas- que moldeamos nuestros modos de acceder al conocimiento y de producirlo. (Marotias, 2010, p.120)

Los borramientos y las confusiones fronterizas no abarcan sólo la dinámica de autores y receptores, sino que marcan, primeramente, la dislocación de territorios y tiempos, algo que, al decir de Paul Virilio, constituye la verdadera catástrofe actual. Resulta un lugar común decir que para hablar del fenómeno del conocimiento tenemos que explicar sus condiciones de posibilidad, pero el punto sobre el que hay que insistir es que se vuelve más que necesario comprender en qué medida la corporalidad es imprescindible a la hora de dar cuenta de aquellas condiciones.

En su libro *Cibermundo, política de lo peor* (1997), Virilio menciona que existen tres cuerpos entrelazados: el cuerpo territorial, el cuerpo social, y el cuerpo animal o humano. Esta existencia interconectada implica la necesidad, sostiene, de relocalizar el cuerpo con relación al otro, de comprender el carácter situado del mundo propio. Ser es estar presente aquí y ahora, sólo que, en la situación actual, la de la telepresencia, se deslocaliza la posición, la situación del cuerpo.

Ser es estar presente aquí y ahora, sólo que, en la situación actual, la de la telepresencia, se deslocaliza la posición, la situación del cuerpo.

Todo el problema de la realidad virtual es, esencialmente, negar el *hic et nunc*, negar el “aquí” en beneficio del “ahora”. Ya lo he dicho: ¡ya no existe el aquí, todo es ahora!

La reapropiación del cuerpo, para lo que la danza supone la resistencia máxima, no es simplemente un problema de coreografía sino un problema de sociografía, de relación con el otro, de relación con el mundo. De otro modo, es la locura, es decir, la pérdida del mundo y la pérdida del cuerpo. (Virilio, 1997, p. 22)

Estas pérdidas no son gratuitas puesto que presuponen como vimos, la negación de la espacialidad, algo propio de los cuerpos y de las ciudades. Son las ciudades, como lo expresa el urbanista italiano, las que conforman el espacio de lo público, del ágora, de la discusión; aunque también del encuentro con la alteridad. La urgencia del *ahora* borra espacios, derriba instancias públicas, y vuelve, por lo mismo, prescindibles a los cuerpos y a cualquier política común.

Resulta muy desafiante pensar los borramientos como causales de locura y pensarlos en la clave paradójica en la que los inscribe Virilio. Para este autor, la medida del mundo es sinónimo de nuestra libertad. Que entendamos que el mundo es vasto, aunque no lo recorramos exhaustivamente (o justamente por ello), representa un rasgo de libertad. En el libro mencionado, Virilio nos cuenta que Howard Hughes -quien dio varias vueltas alrededor del mundo- llegó a un estado de inercia mental en el momento que identificó su cuerpo con el del mundo:

La urgencia del ahora borra espacios, derriba instancias públicas, y vuelve, por lo mismo, prescindibles a los cuerpos y a cualquier política común.

La amenaza, y éste es el gran sofisma, es tener en la cabeza una Tierra reducida. Una Tierra constantemente sobrevolada, atravesada, violada en su naturaleza grandiosa y que, por eso mismo, me destruye a mí, el hombre planeta que ya no tiene conciencia de ninguna distancia (...). La conquista del espacio ha sido una experiencia del delirio de la pérdida de la Tierra. No del fin de la Tierra, sino de la pérdida mental de la misma. (1997, p.21)

Una Tierra, por otra parte, no uniforme, atravesada por múltiples fracturas epistemológicas y ontológicas por cuyas grietas todavía son pensables algunas resistencias, como las mencionadas por Ricaurte Quijano (2023) a propósito de la noción de cuerpo-territorio y de los sistemas sociotécnicos:

Los pueblos originarios representan el 5% de la población mundial, constituyen el 15% de la población más pobre y resguardan el 80% de la biodiversidad del planeta. De esa biodiversidad y de esos territorios depende la vida en la tierra. Por eso, la centralidad de la categoría cuerpo-territorio, en particular desde la experiencia de las mujeres defensoras de la tierra, ofrece una explicación sobre la conexión ontológica entre el cuerpo y el territorio y reconoce, además, la relevancia de las epistemologías ancestrales en el cuestionamiento sobre el lugar de los sistemas sociotécnicos en la reproducción de la violencia y el despojo. (2023, p.73)

Más allá de lo que a simple vista pueda parecer, estos borramientos de la cultura digital que tornan prescindibles distintas circulaciones, incluidas las epistémicas y las ontológicas, no son recientes. Acusan una larga historia y un sinnúmero de variables correlacionadas. Se suman a la enorme lista de estructuras viciadas de supuestos no analizados, de categorías invisibilizadas, de cuerpos y territorios negados, de aproximaciones para la comprensión del mundo heterogéneas, de formas recrudescidas de apropiación y extracción, etc.

Sin embargo, y como lo he anticipado al comienzo de este texto, retomo ahora el hilo argumental sobre una teoría de la información para dar cuenta de esta trama donde el ahora avanza inescrupulosamente sobre la negación de toda espacialidad y con ello, de toda posibilidad de explicar las categorías habituales de la cultura pre-digital en los mismos viejos términos. Es un recurso minimalista pero efectivo para comprender cómo se inscribe el problema del conocimiento y de la educación en nuestras sociedades actuales.

ESBOZO DE UNA TEORÍA TÉCNICA DE LA INFORMACIÓN

La teoría técnica de la información es un emergente fronterizo entre la ciencia y la ingeniería, específicamente, la ingeniería en telecomunicaciones. Los desarrollos de esta teoría surgen en las entrañas de los Laboratorios Bell en EEUU a propósito de una de las grandes preocupaciones del momento: cómo transmitir un mensaje de manera rápida y eficiente. Un problema particularmente acuciante en EEUU debido entre otras cosas, a las enormes distancias que debe recorrer cualquier mensaje en su transmisión. Es en este contexto, en 1948, cuando Claude Shannon, uno de los cibernetas claves de este grupo, da con una primera definición de la información al señalar que esta constituye una relación entre señal y ruido. Pero también, Shannon señala que la información es una medida estadística de la entropía de un sistema y que implica “una relación no lineal y no determinista

entre los niveles microscópicos y macroscópicos de un sistema físico” (Terranova, 2023, p. 31). A esta definición le siguen un gran número de corolarios como, por ejemplo, aquel que ya habíamos mencionado a propósito de la cultura impresa: se produce un desplazamiento de las preocupaciones por la privacidad, la propiedad, el *copyright*, etc. hacia los problemas propios de la virtualidad.

Ahora bien, volviendo a los problemas asociados a esta incipiente teoría de la información en los años de postguerra del siglo XX, hay uno en particular que es objeto de preocupación constante, a saber: la observación de que cuando una señal viaja a través de un determinado canal produce, con frecuencia, una estática de fondo que no se resuelve amplificándola. De allí que la señal se identifique siempre en relación a aquello que amenaza con distorsionarla o corromperla, esto es, el ruido. Una vez que se comprende que toda señal se define por aquello que lo perturba, el ruido, podemos ver cuáles podrían ser los problemas de esta relación definicional. Uno de ellos, en particular, resultaba de la mayor urgencia: los cibernetas se abocaron a la tarea de pergeñar algún sistema que permitiera distinguir ruido de señal a los fines, obviamente, de mejorar la pureza del mensaje enviado. El problema metodológico es importante toda vez que Shannon nos recuerda que un mensaje plenamente significativo y otro que no tiene sentido alguno son, en principio, indistinguibles entre sí. Para darle un marco a esta definición de la información, Shannon diseña un diagrama donde se explicitan los componentes de un proceso informacional que, lejos de quedarse ligado a un enfoque puramente técnico, inunda otras disciplinas: emisor, transmisor, canal, mensaje, receptor.

De lo anterior se derivan otras complejidades, entre ellas, aquella sobre la que los cibernetas estaban trabajando arduamente: parecería ser el caso que, a esta indistinción entre señal y ruido, le corresponde la idea de que, finalmente, la información no sería un grado cero del código, o un nivel básico, denotativo del significado. Esto es así porque, en realidad, si bien la información es el contenido de la comunicación, ese contenido no se define por el significado, sino por una función matemática, un patrón de redundancia y frecuencia que permite a una máquina de comunicación distinguirla de un ruido (Terranova, 2023, p. 36). Es, al decir de la autora, como si el significado se hubiera evaporado de la escena de la comunicación. O también, que la información es un espectro más amplio que la del significado.

Frederick Crosson, en un trabajo sobre teoría de la información y fenomenología, destacó que una percepción significativa, coherente y expresada claramente, es una mezcla estadística de lo conocido y lo extraño. Redundante y aleatoria, parcialmente nueva, parcialmente

desconocida. Crosson entenderá, entonces, que el significado no tiene sorpresas puesto que requiere poca información para definir su forma. Y lo que es más interesante aún, la información y el sentido pueden ser inversamente proporcionales: a más información, menos significado. “En este sentido, la proliferación de información se traduce en el ahogo de las experiencias significativas en un mar de ruido aleatorio”, dirá Terranova (2023, p. 37) Así, en una cultura de la información, las experiencias significativas se ven asediadas por proliferación de signos sin referencias que sólo poseen patrones estadísticos de frecuencia, redundancia y resonancia (cualquier parecido con el sesgo de confirmación omnipresente en los tratos algorítmicos con el mundo digital no es pura coincidencia).

en una cultura de la información, las experiencias significativas se ven asediadas por proliferación de signos sin referencias que sólo poseen patrones estadísticos de frecuencia, redundancia y resonancia

Claro que, en este punto, deberíamos preguntarnos con la autora qué hace que nuestra cultura de la información no se reduzca a un lavado de cerebros. O, para decirlo en términos de Doueihi, cómo salir -si acaso es posible- de la dinámica usuarios/manipuladores.

En primer lugar, deberíamos decir qué es lo que hace que parezca que en un contexto informacional como el de nuestra cultura digital, nos estén lavando el cerebro. Como bien señala Terranova, la definición técnica de información es reduccionista en la medida en que independientemente de cuál sea el mensaje, lo que importa es la efectividad del canal: cómo incrementar esta eficacia para conectar emisor con receptor. Lo interesante de esto es que tanto el emisor como el receptor están en el mismo lugar. La interrupción de la comunicación no se da por confrontación, ni tampoco por disenso alguno, sino que se produce por la irrupción de algo inhumano, el “demonio del ruido” al decir de Michel Serres. Los signos, de esta forma, terminan reduciéndose a señal, y, por fuera de ella, nada que importe a esta dinámica y, sin embargo, todo lo que importa a instancias de producir genuino conocimiento. Esto es, aquello que se excluye, es el razonamiento, la forma argumentativa, la mediación crítica entre los procesos de producción de conocimiento, por ejemplo, y el producto finalizado. Algo, por lo demás, que nos remite a la deslocalización junto con la extraña y paradójica locura que genera ese *ahora* que fuerza al ahogo del *aquí* -siguiendo las ideas exploradas de Virilio-. Es como si la no distancia entre receptor y emisor, bloqueara toda posibilidad de

razonamiento, de debate, de discusión permitiendo, a la vez, una falsa identificación entre uno y otro: entre el usuario y el manipulador. Una no distancia, además, que refuerza la estructura acrítica de los procesos comunicacionales que podrían estar dándose de manera sistemática en toda la extensión del territorio digital.

Este solapamiento territorial, es también una superposición subjetiva que confunde no sólo el *qué* de lo enunciado sino, fundamentalmente, el *quién* de la enunciación. Este es el riesgo de la pérdida de la Tierra, del cuerpo-territorio, de la situacionalidad y por ello, la pérdida de las marcas propias de todo tipo de experiencias entre ellas, la cognoscitiva. Como bien señala Terranova, bajo esta teoría técnica de la información que permea las aguas digitales, la verdad y la falsedad quedan destituidas de la escena comunicacional. Dado que la única interrupción es la del ruido, no hay posibilidad alguna de crítica. Después de todo, dirá la autora, la crítica presupone una instancia dialógica, una mediación, una terceridad que no sea ni emisor ni receptor. De aquí que se vuelva perentorio recordar aquello que mencionara Serres y que Terranova repone: “Mantener un diálogo es suponer un tercero y buscar excluirlo” (2023, p. 40).

EL TERCERO EXCLUIDO. ¿QUIÉN ENTRENARÁ AL ENTRENADOR Y PARA QUÉ?

Mencionaba que, a todas luces, nuestra situación parece ser la de un terreno minado: si la información circulante desarma sentidos y argumentos, estamos a merced de las corrientes en las redes, retroalimentándonos de nuestros propios prejuicios una y otra vez. Lo cierto es que, si desconocemos (o reflexionamos poco sobre) este aspecto -que no es otra cosa que la manera informal en que se nos presenta el contenido de lo que posiblemente pueda ser conocimiento-, impide que busquemos alternativas para desconectar los cerebros de las crucetas de los titiriteros de turno (*léase* publicidad, charlatanes, teorías conspiranoides, colectivos indefinidos, improvisados maestros de Siruela, etc.). Recordemos también, que aquella teoría técnica de la información pretendía que el mensaje llegara directo, o lo más directo posible, desde un emisor a un receptor siempre ubicados en el mismo lugar, confundiéndose, mimetizándose. Aunque no sea exactamente así, como bien identificara Simondon (Terranova, 2023, p. 43), en una sociedad de la información priman las conexiones inmediatas, irreflexivas, ajenas a la crítica. Y, en ese sentido, lo que se excluye es la posibilidad de razonar, de descomponer la información en partes asimilables a la medida humana: ¿por qué es importante este dato? ¿cómo se lo obtuvo? ¿cuándo? ¿dónde?, etc. Pero también, y no menos importante, en esta componenda tan funcional al capitalismo, quedan desarticuladas las experiencias que hacen pensable un tipo de acceso

al conocimiento y por lo mismo, vuelven obsoletas algunas teorías del aprendizaje que olvidan que buena parte de la construcción del conocimiento se hace por fuera del individuo. Esto es, la fábrica del conocimiento resulta ajena para el individuo: representa el territorio de todo lo que está disponible allí para ser conocimiento, pero bajo la forma de lo inasequible. Después de todo, nadie puede agotar la disponibilidad de información sobre un tema determinado en una vida. Así las cosas, en la sociedad altamente informatizada, el conocimiento deviene moneda de cambio. De esto se sigue también que el conocimiento se «adquiera» en el sentido más llano del término, como circulación de una mercancía: alguien tiene algo que no poseo y que por un precio razonable puedo adquirir. Por no mencionar si el precio tiende a cero como es el caso de los *chats* gratuitos que arrojan, estadísticamente, algo verosímil.

De esto se sigue también que el conocimiento se «adquiera» en el sentido más llano del término, como circulación de una mercancía: alguien tiene algo que no poseo y que por un precio razonable puedo adquirir.

Por otra parte, no es ocioso mencionar que nuestra sociedad o cultura de la información cumple con el deseo profético del *memex* que Vannevar Bush anticipara en los años 40 del siglo pasado, en el mismo momento en que los cibernetas -no es ninguna casualidad- se esforzaban por mejorar las condiciones de transmisión del mensaje. La memoria expandida de Bush es otra forma de hablar de la promesa de almacenar cantidades ingentes de información para que la ciencia pudiera tener mejores cosas que hacer ahora, que la guerra había finalizado. *Como podríamos pensar*, tal el título del texto de Bush, proyectaba un futuro donde la sumatoria de datos ampliamente disponibles produjera una ciencia de mayor calidad. Es el viejo sueño empirista encarnado ahora por el *Big Data* y lo que se supone que es la emergencia del cuarto paradigma de la ciencia (Kitchin, 2014). Este paradigma no sólo implica la sobrevaloración de los datos, sino la negación de la teoría, algo que trae consigo consecuencias todas ellas devastadoras para las formas críticas de producción de conocimiento:

Whilst this empiricist epistemology is attractive, it is based on fallacious thinking with respect to the four ideas that underpin its formulation. First, though Big Data may seek to be exhaustive, capturing a whole domain and providing full resolution, it is both a representation and a sample, shaped

by the technology and platform used, the data ontology employed and the regulatory environment, and it is subject to sampling bias (Crawford, 2013; Kitchin, 2013). Indeed, all data provide oligoptic views of the world: views from certain vantage points, using particular tools, rather than an all-seeing, infallible God's eye view (Amin and Thrift, 2002; Haraway, 1991). (Kitchin, 2014, p. 4)

Pero nuevamente, la confusión no hace más que continuar: los datos crecen exponencialmente, la información también en la medida en que los procese, pero el conocimiento que se pueda crear con ello, requerirá de otra estrategia. González Bailón dice al respecto que generar ese conocimiento requiere un tratamiento más cuidado al ritmo de la aproximación analítica y rigurosa a la que los académicos estamos acostumbrados... "El futuro de la información depende de que no caigamos en la urgencia de lo tópico y de que prestemos más atención a cómo generamos conocimiento" (citado en Boczkowski et al., 2022, p. 165).

El tiempo propio del conocimiento, mucho más lento que las gigantes distancias que recorren en el mientras tanto datos e información, es el de la distinción entre una verdadera señal -o mejor un signo- y un ruido. Pero para esto no hay máquinas, ni algoritmos: el criterio de relevancia, de qué dato importa y para qué, es sino "la" característica del conocimiento, una de las más cruciales. Aun cuando el futuro de muchxs egresadxs de nuestras instituciones de Educación Superior sea el de disputar un espacio laboral con un desarrollo de IA, no parece que sea el momento -real y deseable- para que las máquinas sustituyan el «entrenamiento» criterial humano. A todas luces, debemos ser, en tanto terceros excluidos, quienes elucubremos cómo podríamos pensar de aquí en más.

Aun cuando el futuro de muchxs egresadxs de nuestras instituciones de Educación Superior sea el de disputar un espacio laboral con un desarrollo de IA, no parece que sea el momento -real y deseable- para que las máquinas sustituyan el «entrenamiento» criterial humano. A todas luces, debemos ser, en tanto terceros excluidos, quienes elucubremos cómo podríamos pensar de aquí en más.

Se entiende que la sociedad de la información ha sustituido de raíz las experiencias cognoscitivas -entre otras- de los sujetos y, en

consecuencia, parece que no sólo es cuestión de pensar en cómo administrar una educación criteriológica sino también de qué peso hay que darles a los contenidos y cuánto a cuestiones más cercanas a las competencias. Al decir de algunos teóricos:

Si las condiciones subyacentes usadas para tomar decisiones cambian -puesto que el flujo informacional aumenta la entropía (algo que ya habían detectado los cibernetas)-, la decisión en sí misma deja de ser tan correcta como lo era en el momento en el que se tomó. La habilidad de reconocer y ajustarse a cambios en los patrones es una actividad de aprendizaje clave. (Siemens, 2004, p. 5)

Por ello surgen otras teorías del aprendizaje para dar cuenta de la incertidumbre del conocimiento en un entorno deslocalizado como la del *conectivismo* que se entiende como

...la integración de principios explorados por las teorías de caos, redes, complejidad y auto-organización. El aprendizaje es un proceso que ocurre al interior de ambientes difusos de elementos centrales cambiantes - que no están por completo bajo control del individuo. El aprendizaje (definido como conocimiento aplicable) puede residir fuera de nosotros (al interior de una organización o una base de datos), está enfocado en conectar conjuntos de información especializada, y las conexiones que nos permiten aprender más tienen mayor importancia que nuestro estado actual de conocimiento. (Siemens, 2004, p. 6)

A MODO DE CONCLUSIÓN

Todo lo anterior, podría resumirse diciendo que una de nuestras acciones ineludibles como actores/actrices de una institución de educación superior, está orientada a visitar -una vez más- nuestras formas de enseñar, para no caer en una lógica binaria que se resuelva por exclusiones: o bien contenido, o bien competencia. Algo del orden de un llamado de atención a las prácticas que bien pueden dejarnos fuera de la discusión sobre el conocimiento y sobre sus formas de adquirirlo, procesarlo y comunicarlo. Cuando digo, "dejarnos fuera", lo digo en tanto parte de una comunidad de educación superior. Y la disputa por un lugar en la discusión sobre el conocimiento presupone afrontar una discusión no por el mero placer de la disputa, sino por el hecho de compartir la convicción de que sólo una mediación

razonada puede devolvernos la esperanza de no volvernos replicadorxs de manipulaciones varias. Sin lugar a dudas, tendremos que apostar a nuevas formas de estar en la academia para asegurarnos que

...comprender un mensaje mientras se realiza la lectura crítica sobre su origen y los fines de su distribución (culturales, comerciales, sociales, políticos, académicos, etc.) involucra mecanismos reflexivos que van más allá de comprender las pautas del lenguaje verbal o audiovisual. La investigación sobre los alfabetismos aumentados busca conectar los conocimientos que construyen las y los usuarios en sus prácticas tecnológicas cotidianas con instancias formales de reflexión para indagar en la naturaleza múltiple y opaca de la cultura digital. (Ferrarelli, 2021, p. 410)

No deja de ser una invocación insistente para participar de una conversación puesto que el principio de enunciación de la Educación Superior no es otra que la creencia en las mediaciones, en el lugar discursivo de las distinciones verdadero/falso, en la necesidad de rehabilitar el diálogo, de atravesar la experiencia de transformar un tema y de ser transformadxs por él, de suspender el tiempo, pero no el espacio (*hic et nunc*). Insistimos en ser cuerpos localizados, situados, atravesados por las experiencias de la incertidumbre, del asombro y de la necesidad de conocer como un proceso no de acumulación de datos sino de comprensión profunda sobre las formas en que las conexiones y las desconexiones son posibles. O también, sobre las múltiples maneras en que la cultura digital puede ser un lugar por donde la emancipación de la que hablara Rancière, emerja.

La rendición ante formas no mediadas de conocimiento es el mejor camino hacia la manipulación. Si el diálogo sólo es posible por la exclusión de un tercero, la Educación Superior deberá forzar la existencia de esa terceridad que no sólo es gestora de saberes, sino de subjetividades y políticas comunes.

En el cambiante tiempo del mundo algorítmico, el *para qué* educar -junto con el *qué* y el *cómo*- no es una pregunta meramente pedagógica: conforma una estrategia de resistencia ante la corrosión de subjetividades que cada vez se saben menos atravesadas por cuerpos y territorios. Reivindicar que conocer demanda tiempo de preparación, estrategias de discriminación y nuevamente, tiempo especializado, tal vez constituya un *non plus ultra* de nuestra tarea.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Boczkowski, P. y Mitchelstein, E. (2022). *El entorno digital. Breve manual*

para entender cómo vivimos, aprendemos, trabajamos y pasamos el tiempo libre hoy. Siglo XXI Editores.

- Doueih, M. (2010). *La gran conversión digital*. Fondo de Cultura Económica.
- Ferrarelli, M. (2021). Alfabetismos aumentados: producir, expresarse y colaborar en la cultura digital. *Austral Comunicación*, 10(2), 395-411.
- Kitchin, R. (2014). Big Data, new epistemologies and paradigm shifts. *Big Data & Society*, 1(1), 1-12. <https://doi.org/10.1177/2053951714528481>
- Marotias, L. (2010). La gran conversión digital. Doueihci, M. (2010). *La gran conversión digital*. Fondo de Cultura Económica, 2010, 229 páginas. *Propuesta Educativa*, 2(34), 119-121.
- Rancière, J. (2002). *El Maestro Ignorante*. Editorial Alertes.
- Ricaurte Quijano, P. (2023). Resistencia como reexistencia: la defensa del cuerpo-territorio en la sociedad algorítmica. *Pléyade*, (32), 64-92. <http://dx.doi.org/10.4067/S0719-36962023000200065>
- Siemens, G. (2004). Conectivismo: Una teoría de aprendizaje para la era digital [Material didáctico]. Diplomado Maestro Virtual UTP.
- Terranova, T. (2022). *Cultura de la red. Información, política y trabajo libre*. Tinta Limón.
- Trejo Delarbre, R. (2021). Prólogo. Para indagar y comprender la cultura digital. En D. Flores-Márquez y R. González Reyes (Coords), *La imaginación metodológica. Coordenadas, rutas y apuestas para el estudio de la cultura digital* (pp. 7-11). Tintable.
- Virilio, P. (1997). *El Ciber mundo, la política de lo peor. Entrevista con Philippe Petit*. Ediciones Cátedra.